

MENTE, CEREBRO, SUJETO. PARA ÁNGEL, DESDE EL POZO DEL RECUERDO

CAMILO JOSÉ CELA CONDE
Facultad de Filosofía de las Islas Baleares

Resumen

Ángel Rivière ofreció una interpretación de la psicología de la mente original que es quizá un reflejo de su propia personalidad. Al buscar las leyes de campo del cerebro, Rivière abrió una perspectiva que no ha obtenido aún las respuestas correctas.

Palabras clave: Psicología de la mente, sistema nervioso.

Abstract

Ángel Rivière offered an approach to the psychology of the mind plenty of originality, maybe as a reflect of his own personality. Searching for the field of the brain, Rivière opened a perspective that has not reached correct answers so far.

Key words: Psychology of mind, Nervous system.

A los tres años de la muerte de Ángel Rivière es una sensación extraña todavía la de hablar de él teniendo que recurrir al tiempo pasado en los verbos. Tan acostumbrados estábamos a que Ángel fuese un presente continuo y un futuro perfecto que cuesta trabajo aceptar sin más el absurdo del pasado forzoso, de su desaparición cruel, irreversible. De aquella tragedia habla muy bien el conjunto de trabajos que hoy presentamos. Habrá quien vea en ellos una contribución espléndida al pensamiento psicológico. Es cierto que lo es. Pero frente a estos libros yo me encuentro con la sensación incómoda de toparme con un fraude. La providencia, ese *Dios sive natura* de Spinoza, nos estafó por completo arrebatándonos a Ángel cuando más le necesitábamos.

Ángel Rivière escribió libros de Psicología, claro es, pero reducirlos a eso es un absurdo. Intentaré justificar por qué. Los que escribimos libros con la pretensión de meter en ellos algo de ciencia solemos tirar por el camino de la claudicación tanto de las ideas como del lenguaje. Hablar en castellano, en la lengua común de todos los que se expresan en ese idioma, y hacerlo de una forma respetuosa con la sintaxis, vendría a ser algo intolerable, propio de necios, algo que deja de lado una gran parte de lo excelso del científico sentando cátedra. Así que hay que tirar de la complicación pretendiendo que es complejidad, del hermetismo vinculándolo a lo profundo y de la sabiduría como disfraz de lo que no resulta sino jerga hueca y temeraria.

Tenemos razones para hacer trampas. Quizá sea ésa la única forma de medrar en un mundo que está en manos de los mediocres. ¿Cuántos artículos entre ilegibles y pedantes, cuántas tesis gigantescas y a la vez enanas, cuántos libros inútiles, cuánta latiniparla herrumbrosa contribuimos a propagar año tras año? La moda de lo frívolo, la desvergüenza del ignorante travestido de profesor universitario se ha adueñado de nuestro mundo. Ángel Rivière se dedicaba a otras cosas. Quería

entender lo que es un ser humano cuya dimensión psicológica resulta sólo una parte de lo que existe más allá de la fachada. Ángel estaba empeñado en averiguar qué es lo que se esconde dentro de la mente y escribió un libro tan hermoso como popular al respecto. En él, nuestro amigo desaparecido incluyó un propósito declarado de forma explícita. Para Rivière lo que necesitamos cuando nos enfrentamos con el fenómeno extraño y obsesivo de la mente es identificar la emergencia de sus funciones intencionales. Debemos hacerlo, además, construyendo los cimientos de la emergencia sobre supuestos mecanicistas. Y para poder hacerlo es preciso encontrar un espejo de las leyes de campo del sistema nervioso.

Casi nada, como programa de investigación para averiguar por qué y de qué forma surgió la mente. En busca de lo mismo, del espejo capaz de decirnos cuáles son las leyes del sistema nervioso que sirven de albergue a las funciones intencionales humanas, se han escrito tratados enteros que no dicen, en realidad, gran cosa. Quizá nadie haya expresado la dificultad enorme de la tarea con tanta concisión y oportunidad como el biólogo Richard Lewontin. En un capítulo dedicado a la evolución de la capacidad de conocimiento ("The Evolution of Cognition", en el libro de Osherson y Smith *Thinking*, de 1990), Lewontin dice lo siguiente: "Si nuestro propósito en este capítulo fuese el de decir qué es lo que se sabe acerca de la evolución de la cognición humana, podríamos terminar al final de esta frase."

No sabemos nada de lo que supone el contenido esencial de nuestra condición como seres humanos, de aquello que constituía, para Descartes, la verdad más inmediata e indudable. Y a Ángel Rivière le rebelaba esa ignorancia. No sabemos lo que es la mente. Nos encontramos perdidos ante la necesidad de entender las leyes de campo del sistema nervioso. Localizamos funciones cerebrales, sí; medimos tiempos de reacción, por supuesto; identificamos caminos en las redes neuronales, claro es. Y está bien todo eso; resulta imprescindible partir de lo tangible para entender lo insondable. Pero ni siquiera hemos sabido rasgar en la superficie de lo que es una experiencia cognitiva tan simple como la de recordar, de la mano de los olores, los acontecimientos de la infancia.

Ángel Rivière nos dejó algunas pistas al respecto. No nos asomemos al lenguaje sin tener en cuenta la metáfora. No creamos entender una lengua si no alcanzamos a apreciar la sutileza que separa un poema de la guía de los teléfonos. No nos conformemos con ver máquinas de Turing allí donde aparecen sujetos con mente. Pero una cosa es disponer del decálogo de Moisés y otra muy distinta el ser virtuoso. Constatar nuestra ignorancia ya era duro. Sabernos, encima, huérfanos tras la muerte de Rivière obliga a plantear si no deberíamos trasladarnos de oficio. El de médium no nos iría tan mal. Cualquier cosa sirve si nos permite recuperar aquel saber hacer, aquel sentido del humor, aquella bondad, aquel talento que perdimos, sin apenas darnos cuenta, cuando Ángel cruzó el umbral para adentrarse en ese mundo en el que la mente ya sólo existe en el albergue del pozo tembloroso e incierto de la memoria de los otros.